

La noche de San Juan

a Genaro García García

Parece que estoy viendo a mi Padre-Vida¹ todavía sentado ahí, sobre aquel tronco de mezquite donde labraba sus arados surqueros; lo vi tantas veces hacerlos tan esmeradamente, que parecía uno de esos santeros anónimos realizando una obra de arte sobre madera fina, madera de cuachipil.

Ahí sentado, me ponía junto a él pretextando el desgranado de algunas mazorcas para el tlaziahual. Y empezaba a platicar destorciendo su enmarañado hilo de cuentos-recuerdos anudados por el tiempo. Era la imagen verbal del mágico y complicado mundo de nuestro pueblo-tierra, de los hombres de dulce lengua, de nosotros los *Saa*.

Tres eran mis amigos —decía— con quienes compadraba mejor en mi infancia. Coyote Beu se llamaba el astuto, el atrevido; Colibrí Bedunda era el soñador; Tortugueta Begüe, era el ingenuo, el paciente, el menor de todos; y, el que ahora puede todavía contarte este relato, Semillita Binni. Será porque mi nombre era demasiado largo y les costaba trabajo pronunciarlo, o porque las palabras se desgastan con el tiempo y el uso, ahora sólo me llaman Llita Nii, esto fue lo que quedó de mi nombre.

Todos recordamos que era la víspera del día de San Juan, y que nos reunimos, como regularmente lo hacíamos, en la esquina de la Cruz Bassa.² Hubo dos opiniones: una, que fuéramos a ver el "convite"³ de flores-muchachas próximo a salir; otra, que fuéramos a

cazar ranas a la laguna "Guel"; sin mucho discutirlo decidimos hacer las dos cosas, pues teníamos tiempo. El divino Sol Gobilla estaba como a una brazada⁴ sobre los cerros azules.

No habíamos caminado mucho rumbo a la laguna, cuando vimos más allá del Cerro Cántaro Rii una pequeña cola de serpiente-nube, y pensamos todos casi al mismo tiempo: /Los danzantes bailarían bajo la lluvia/ /Los gallos-San Juan degollados rodarán sobre el lodo bajo las patas de las yegüas// Las muchachas saltarán los charcos alzándose el enredo hasta la rodilla/ /A ver si da tiempo para terminar de sembrar/.

Estuvimos largo rato ensartando ranas guldii con nuestras varas; luego de troncharles la mitad para guardarlas, nos dispusimos a regresar. Sin embargo, Tortugueta Begüe —sin explicarnos cómo, exasperado quizá por el penetrante olor a chamizo y lirio, que a estas horas se tornó más intenso— empezó a desmembrar a estas criaturas, sólo por un gusto extraño que antes no existía en él. No las llevaba para comer, sino que las devolvía al agua deshechas, destrozadas.

Hasta entonces nos percatamos de que a la mitad de la laguna jugueteaba una roja jicara laqueada, entre los altos tulares en flor.

Por tanto, sólo atiné a decirle que no hiciera más eso, que se calmara, que los dioses de lo natural (Llan Gusíu)⁵ podrían enojarse y no darnos más el alimento. Y él me respondió que los dioses de lo natural (Llan Gusíu) eran sabios, y que fácilmente enten-



derían que él era únicamente un muchachito que quería divertirse.

Entre tanto se nos terminaba el día sin darnos cuenta realmente. El canto grave de las ranas inundó nuestros ganglios; los rumores del monte hicieron acto de presencia cotidiana; la noche penetraba en nuestros poros. Decidimos regresar ya con una rica cena asegurada de bilolos⁶ y ancas de rana.

Por todo el camino nos alumbraban juguetonas luciérnagas, del tamaño de nueces de Castilla. A alguien se le ocurrió tomar una y otra más; en breves momentos surgió en nosotros la idea de ver quién atrapaba más y más luciérnagas bicusa güi. En la refriega y la euforia del juego, nos embarrábamos sus vientres fosforescentes azul-verdosos en la ropa, en la cara, en las manos; dábamos la apariencia de fantasmas deambulando por la hierba, destacando como encendidos focos de neón. . . nos divertimos quién sabe cuanto tiempo.

Después de esto, apresuramos el paso rumbo al caserío. Íbamos caminando cuando, no lejos de ahí, en un monte cercano, escuchamos la grave voz de un Búho-Dam que anunciaba algún acontecimiento importante, quizá la visita inesperada de un pariente emigrado, quizá la cercanía de una mala nueva; nosotros, como éramos jóvenes, aún no descifrábamos su lenguaje, aunque los viejos sí podían

leer la larga tira de versos que desenrollaban.

A todos nos cimbó un cierto temor, pero Coyote Beu se sobrepuso y dijo:

—¿Qué querrá ese animalito que conforme caminamos nos va siguiendo?

—Es seguro que quiere prevenirnos de algo, por eso canta tan insistentemente —respondió Tortugueta Begüe.

—Vamos a buscarlo —dijo alguien— para demostrarle que no le guardamos temor; además, para que no nos siga molestando.

Los que no contestamos fuimos sólo por no quedar solitarios en la oscuridad; la verdad era que nos temblaba todo el espinazo.

The fifth day of the Creation, 1926. Ilustración tomada de: The World of M. C. Escher

* Alumno de la licenciatura en Antropología Social, Sistema Abierto de la ENAH, en Oaxaca. Ganador del primer lugar del Concurso de Narrativa Popular, "Los abuelos cuentan", Oaxaca, Oaxaca, enero de 1986

1 Abuelo, bisabuelo.

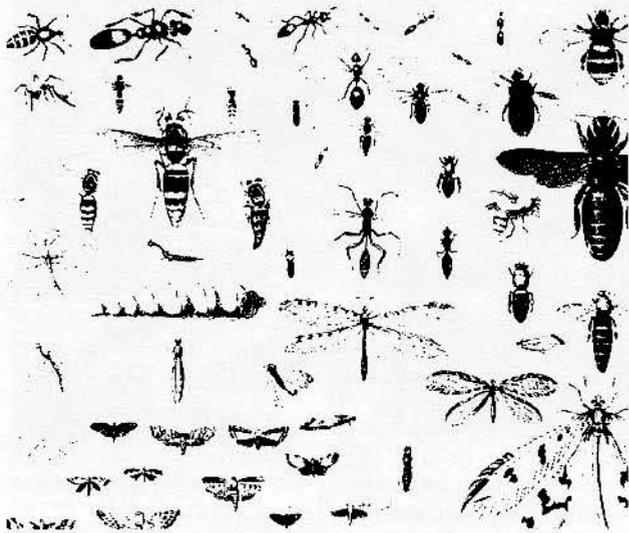
2 Hondonada

3 Desfile que abre la fiesta

4 Distancia que da teniendo los brazos extendidos

5 Divinidad del Trueno, Lluvia entre los zapotecos

6 Renacuajos



No caminamos mucho entre la huizachera, cuando ya los cantos se confundían con nuestra respiración. Ahí estaba el Búho-Dam con sus grandes ojos claros como de catrina relamida; no se inmutó cuando nos vio, siguió descargando su letanía trashumante sobre nosotros.

Fue entonces cuando se irritó Coyote Beu y dijo: "te quitaremos tu ropaje para que no vuelvas a molestarnos". Poseído de una extraña fuerza, le fue quitando, una a una, sus pardas plumas hasta dejarlo lisito lisito.

¡Qué divertido es contemplar un tecolote desnudo!, ¡y qué inútiles se ven a pesar de sus afiladas garras!

Después de esto decidimos, ahora sí, llegar al pueblo. En el camino reflexionamos sobre todo lo sucedido, y aun sin decir una palabra, todos estuvimos de acuerdo, concluyendo que lo que nos estaba sucediendo no era casual, que éramos víctimas de un encantamiento.

San Juan domina las aguas del cielo y las que se escurren y asientan en la tierra; el lago, en la víspera, se encanta; sus plantas y sus animalitos también.

Llegando a la esquina de la Cruz Basaa, nos dispersamos cada cual con su ración, y nos fuimos directo a la casa, pues estábamos realmente cansados.

Para esto, el cielo se había cerrado con una llovizna menuda y persistente.

Una vez que mi madre dejó de preocuparse por mi tardanza, y después de cenar ricamente, me dispuse a descansar; fue en ese momento que escuché que llamaban de la calle: "¡está la persona!, ¡está la persona!", alcancé a oír a alguien que platicaba con mi madre. Requerían a mi padre para que se presentara con la autoridad de la "Casa de Enmedio"⁷ para tratar un asunto urgente. Ella le respondió que él estaba haciendo la escoleta con su viejo clarinete en la casa curatal, para la escena de "La Malinche".

No le vi bien la cara, pero vestía ropa blanquísima que relucía con los destellos de lejanos relámpagos. Portaba una vara de *yagalán*,⁸ y llevaba atado un ramillete de listones multicolores; un sombrero de palma criolla cubría su cabeza. Después, cuando lo acompañé, me percaté de que calzaba cacles⁹ guel gidi de fino acabado en flor de piel.

Tuve que acompañar al Topil en ausencia de mi padre, pues pensé que sólo necesitaban algún sustituto en el jarabe-danza, el mero día, cuando bailan los viejos-barbudos.

Nos fuimos vadeando charcos siempre bajo la llovizna; opacas luces de focos eléctricos con un envoltorio de nichla nos alumbraba tenuemen-

te. Al pasar frente a la iglesia, todavía alcancé a ver y a escuchar a los cantones que, en el altar mayor, rezaban "el alabado". Entonces empecé a notar que habíamos caminado más de lo normal; el murmullo del barrio Cantaranas se había vuelto inalcanzable, y empecé a percibir un fuerte olor a resina de ocote, y a sentir un viento húmedo y fresco en la cara; habíamos subido a unos dos mil metros sobre el nivel del mar, minísimamente.

Llegamos a la "Casa de Enmedio" y saludamos de mano a los guardamontes, quienes acercaban sus fuertes pero respetables manos campesinas a nuestra cara, diciendo al tiempo: "¡buenas noches!" Ninguno de ellos era paisano, ninguno era conocido.

El edificio tampoco era la "Casa de Enmedio" que yo conocía, la de mi pueblo. Aquel tenía, como pude percatarme después, un patio cuadrado, amplísimo, para el jaripeo, con un edificio escalereado por cada lado; en ellos predominaban los colores rojo, amarillo, azul.

Me pasaron con la autoridad, el padre de la comuna, un hombre anciano con sus manos endurecidas por el trabajo campesino, encargado de impartir la justicia comunal, era el dios Gusiú-Trueno.

Agradable y grande fue mi sorpresa al ver también ahí a mis amigos, que ya habían hecho acto de presencia. Cabizbajos, esperaban la decisión del Consejo.

Ahí estaba Tortuguita Begüe, Coyote Beu y Colibrí Bedunda; ya todos juntos nos dábamos valor, por lo menos yo me sentía más aliviado. Todos sabíamos de qué se trataba, lo deducíamos por la mirada, por la lógica del momento. Estábamos en casa divina.

Entonces nos mostraron cuatro nichos en la pared, abiertos de acuerdo a los puntos cardinales; en uno, el del Norte, se encontraba el Búho-Dam, chinito de frío; en otro,

el del Este, las luciérnagas, algunas desechas, otras moribundas con sus vientres a media luz; en el del Oeste, las ranas desmenbradas, algunas croando tristemente todavía; en el del Sur permanecía reluciente una roja jícara laqueada, adornada con motivos naturales.

¡Ay!, criaturas de la naturaleza, producto divino, ¿quién podría en este momento sustituir las en su quehacer?

Esas fueron las primeras durezas del Señor Gusiú-Trueno. Después, con voz más mesurada, exclamó:

Nosotros los humanos pretendemos asumirnos como dueños absolutos del universo, cuando sólo somos seres pasajeros, efímeros, como el abrir y cerrar de las flores de pájaro-bobo.

Sólo tomamos prestado este pueblo-tierra, por unos días, la tierra, el agua de la lluvia, el santo sol, no pueden ser propiedad nuestra. Antes al contrario, nosotros somos de ellos, pertenecemos a la tierra, pues de su vientre venimos y de su seno nos alimentamos; es nuestra madre y a ella tenemos que acudir en nuestro penúltimo trance. No destruyan a nuestra madre, usen sus productos, gocen sus alimentos, apaguen su sed con sus dulces jugos, pero no le destruyan.

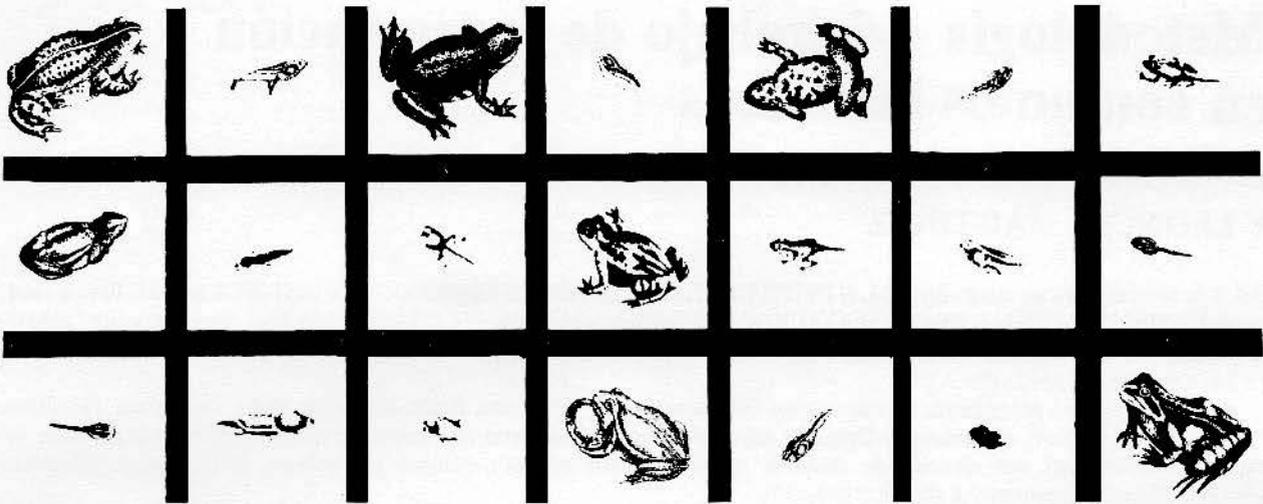
¿Qué dejaremos a nuestros semejantes, con los que convivimos y los que vendrán?, ¿les dejaremos sólo escasez y desierto?

Si necesitas un árbol y te ves obligado a cortarlo, pide permiso a nuestra madre, respeta los brotes pequeños, deja germinar su semilla nueva, porque ahí está, sólo déjala alzarse sobre la tierra. Porque la tierra es noble, ni siquiera tendrás que sembrar o plantar una nueva.

⁷ Municipio-Juzgado

⁸ Madera dura-flexible

⁹ Zapato antiguo. En náhuatl *cactli*



Agradece cuando hayas cazado lo necesario para los tuyos, y no pretendas abusar de tu fuerza y astucia, pues mañana no tendrás más, y menos aquellos que no hayan cazado antes que tú. Déjalos que lo consigan.

Maravillémonos de la inmensidad de la vida, contemplemos los ínfimos conductos por los que se mueve su milagrosa savia vital.

Anexo a este edificio se podía apreciar un ojo de agua, un manantial de agua cristalina, y a su alrededor crecían todo tipo de variedades de plantas, milpas, zauces, nopales, cempasúchil, albahacar, epazote, carrizo, amole, hongos, etcétera.

Sobre la roca virgen destacaba una cruz hecha por el dios Gusiú, que, según se dice, fue labrada con toda su energía en una tormenta, y cuyas consecuencias fueron funestas para los pobladores del mundo de los naturales, quedando de cada veinte gentiles, sólo uno.

¿Quién cubrirá tu lugar, Búho-Dam, mensajero de buenas y malas nuevas? ¿Quién alumbrará los caminos y los campos en ausencia de ustedes, luciérnagas bicusaa gi? ¿Quién anunciará la lluvia por ustedes, ranas guldii?

¿Saben quién lo hará, muchachos? —Movimos la cabeza negativamente como respuesta, abrumados por los consejos-regaños recibidos.

Les daré la oportunidad de conocer el mundo natural y sabrán por qué la existencia de cualquier criatura es necesaria. Ustedes ocuparán el lugar de estas criaturas hasta que ellas repongan sus fuerzas y sanen sus heridas. ¡Ese es el dictamen!

Semillita Bini, o sea yo, y Colibrí Bedunda, empezamos a sentir un inmenso deseo de volar; nuestros vientres empezaron a brillar como estrellas de la mañana, y nuestras antenas comenzaron a percibir sonidos que con los oídos humanos nunca habríamos escuchado.

Tortuguita Begüe sintió un deseo enorme de probar insectos como las luciérnagas, además de sequedad en la piel, lo que le exigía permanecer en el agua; y su garganta estuvo en disposición de emitir sonidos gruesos, pues era una preciosa rana-toro.

Por su parte, Coyote Beu sintió en ese momento, que se agudizaría después, un deseo de volar y de probar la blanda y rica carne cruda de las ranas y de las ratas del campo; se empezó a vestir de un bello plumaje azul-grisáceo; sus garras y su pico se tornaron en resistentes garfios, y su garganta adquirió tonalidades diversas para fabricar sus cantos según la ocasión y el calibre del mal o del mensaje.

Antes de que nos dispersá-

ramos para cumplir con nuestro cometido, y para ocupar nuestros lugares, el señor Gusiú-Trueno nos concedió que la voz humana no la perdiéramos, a fin de evitar que nos comiéramos entre nosotros mismos y para que los nuestros nos reconocieran, pero debíamos hablar quedo.

El primer trabajo del búho fue avisar al pueblo, y a los padres de todos nosotros, que ahí estábamos, que no lastimaran a ningún búho ni a ninguna rana o luciérnaga, pues el dios de lo natural les había dado esa comisión por haber violado las reglamentaciones naturales.

A partir de ese momento el apoyo del pueblo fue evidente, pues ante la cercanía de una tempestad, y temerosos de que nos ocurriese algo, sacaron a San Juan a dar un paseo, pidiéndole clemencia. Las mujeres sacaron las manos de sus metates a medio patio, quemaron palma bendita y echaron al vuelo las campanas. Todo eso lo apreciamos desde lejos, con infinita nostalgia.

Si a cualquiera de nosotros nos hubieran preguntado el tiempo que permanecimos fuera, hubiéramos dicho que a lo sumo fueron dos semanas, o tres a lo más.

Pero nuestro azoro no tuvo límites cuando vimos a los labriegos recoger las cosechas de ese año, barbechar, surcar, rastrear los predios, volver a

sembrar en las tierras de humedad. Vimos que llegó el mes de junio.

Algo inesperado iba a ocurrir.

El día 24 de junio, después de esperar toda la noche nuestra transformación, fuimos adquiriendo, poco a poco, la forma humana. Vestidos con las elegantes prendas de los danzantes, nos vimos de pronto envueltos en el torbellino de música y de baile, con los ojos bañados en lágrimas de alegría; el pueblo sabía que estábamos ahí, y nos recibía con una andanada de jarabes y cohertería; habíamos vuelto al lado de los nuestros, después de un año, para contarle al mundo el misterio que vivimos.

Si este hecho se nos llegara a olvidar o dejáramos de contarlo, no tardaríamos más de cincuenta años sobre este pueblo-tierra como hombres, pues nos convertiríamos en animales, y la cualidad del raciocinio no nos sería devuelta, pues habríamos socavado nuestra propia existencia, matando nuestra fuerza vital.

Termina este relato mientras los mayordomos prueban su chocolate-atole en sendas jícaras rojas laqueadas y adornadas con motivos naturales.